



DESCARTES, FILOSOFÍA Y POLÍTICA. **Una relación conflictiva**

Dra. Susana Maidana
Univ. Nacional de Tucumán

En los volúmenes de historia de la filosofía moderna, cualquiera sea su orientación y perspectiva, Descartes descolla como el padre de la modernidad, como aquél que puso en el *cogito*, en el sujeto personal, la clave de bóveda para comprender el mundo. Entre los temas de su interés, recurrentemente, se destacan el conocimiento, sustentado en fundamentos metafísicos, las pruebas de la existencia de Dios, la naturaleza de la realidad extensa, la relación alma - cuerpo y tan sólo algunas referencias a la moral y escasísimas, y en la mayoría de los casos, nulas referencias a la política.

Lo cierto es que Descartes se ocupa de la política en el intercambio epistolar que mantiene con la princesa Elizabeth, hija del Elector Palatino Federico V, rey de Bohemia. La princesa, 22 años más joven que el filósofo, recibe elogios de Elizabeth Goguel, quien dice de ella: "Notablemente inteligente, era, por otra parte, muy instruida: no sólo sabía seis lenguas, entre ellas el latín, sino que además conocía bien las matemáticas, la astronomía y la física. Calvinista convencida, no tenía una religión estrecha..."¹ La mayoría de las Cartas giran en torno a cuestiones relativas a la moral y de manera tangencial hacen mención a temas políticos.

El objetivo de estas páginas es leer entre líneas en la obra cartesiana, y muy especialmente en las Cartas a Elizabeth de Bohemia, su concepción sobre la política, con la intención de buscar alguna respuesta a la escasa atención que Descartes le ha brindado, y, al mismo tiempo, abordar la conflictiva relación entre Filosofía y Política.

1. Filosofía y Política, una relación contradictoria

Según Richard Popkin, la filosofía occidental atravesó en el seno del Siglo XVII una crisis escéptica que hizo tambalear los principios y las creencias filosóficas, científicas y teológicas. No sólo la Reforma, con la consiguiente polémica en torno del criterio de verdad de las Sagradas Escrituras, los desarrollos de las ciencias, las influencias escépticas de Montaigne, entre otros, sino también las resonancias del escepticismo pirrónico fueron algunos de los factores que condicionaron la urdimbre cultural de la modernidad.

La filosofía moderna se presenta, pues, como el escenario del conflicto entre escepticismo y dogmatismo, y el programa filosófico cartesiano da cuenta de esa tensión permanente: Por un lado, la duda radical e hiperbólica, que no se deja seducir por el canto engañoso de lo verosímil; por el otro, el descubrimiento del *cogito*, como principio indubitable de certeza, gracias al cual Descartes diseña un sistema filosófico con cierto sesgo dogmático.

¹ Goguel, E, "Introducción" en Descartes, R, *Cartas sobre la Moral*, Editorial Yerba Buena, Tucumán, 1945 (XVIII, XIX). En adelante se citan las cartas según CM.



En *Los principios de la Filosofía*, su autor define a la filosofía como el estudio de la sabiduría, acerca de la cual dice: "...por sabiduría no se entiende solo la prudencia en el obrar, sino uno perfecto conocimiento de todas las cosas que el hombre puede saber tanto para la conducta de su vida como para la conservación de su salud y la invención de todas las artes; y que para que este conocimiento sea tal es necesario deducirlo de las primeras causas...."²

Si bien Descartes, en consonancia con la tradición filosófica occidental que lo precedió, reconoce como fin la búsqueda de la sabiduría; sin embargo, no desdeña su utilidad práctica; el conocimiento sirve para la conservación de la vida y de la salud y es beneficioso para la creatividad de las Artes.

La filosofía es, entonces, ciencia de las primeras causas y se plasma en la práctica, en sintonía con el espíritu baconiano que anima a la modernidad.

Refiriéndose a la sabiduría, dice "Pero este soberano bien considerado por la razón natural sin la luz de la fe, no es más que el conocimiento de la verdad por sus primeras causas, es decir, la Sabiduría, de la que la filosofía constituye su estudio." (PF, p. 299, 4)

La primera parte de la verdadera filosofía es la Metafísica, que se ocupa de los primeros principios del conocimiento, tal como lo formula la metáfora del árbol de las ciencias. En este sentido, Filosofía, Ciencia, Metafísica y Sabiduría son términos intercambiables para el pensador francés. La Filosofía, la Ciencia y la Metafísica están comprometidas en la búsqueda de un saber total que permita a los hombres conocer y dominar la realidad. Este es, pues, el *leit motiv* de la programa cartesiano.

Descartes es un hombre de su tiempo, de esa modernidad que valoriza el trabajo y que se hace eco de las transformaciones económicas y sociales de una época que es testigo de grandes cambios y que, en tanto tal, debe desprenderse de los lazos que la arraigan en el pasado.

Gracias a la aguda investigación de Salvio Turró, sabemos que el programa filosófico cartesiano se estructura a través de una serie de planos, cada uno de los cuales obedece a paradigmas culturales diferentes: el antiguo que incluye las cosmovisiones griega y medieval, el renacentista propio de los siglos XV y XVI y el característico de la ciencia moderna. En las obras de Descartes puede advertirse la impronta renacentista, así como la mirada del matemático que busca claridad, distinción y rigurosidad; al mismo tiempo que resuenan en ellas algunas categorías escolásticas, producto del embrujo del lenguaje que permanentemente juega malas pasadas a los hombres.

Descartes concilió el espíritu del sabio y, al mismo tiempo, el talante del científico y de hombre consustanciado con las nuevas ideas de la incipiente modernidad

Incursionar en la obra del autor de las *Meditaciones Metafísicas* es una aventura compleja, como todo gran filósofo, no se deja encasillar ni rotular, al punto que anticipa algunas de las ideas ilustradas. Es, por cierto, un crítico de la superstición, del entusiasmo y, fundamentalmente, del criterio de autoridad. Es consciente de que el ejercicio de la razón es el refugio que depara al filósofo la tranquilidad de ánimo indispensable para la reflexión teórica. La autoridad, por el contrario, es enemiga de la

² Descartes, R, "Los principios de la Filosofía" en *Obras Escogidas*, Trad. De Olaso y Zwanck, Editorial Charcas, BsAS, 1980 (p. 297) Las obras de Descartes se citan según esta edición.



verdad; esta última requiere de la libertad y es producto de la conquista personal. Descartes busca evidencias, pero a diferencia de los grandes ideólogos del siglo XVIII, la evidencia no reside en la experiencia sino en la razón. La autoridad política, en cambio, requiere de otra mirada, tal como podrá colegirse más adelante.

Descartes es un científico y, al mismo tiempo, un sabio, cuyo afán es dedicarse a una forma de vida eminentemente contemplativa, alejada de los avatares cotidianos. Sus ansias de paz y de recogimiento lo llevan en 1628 a instalarse en Holanda, donde establece correspondencia con los grandes sabios de su tiempo hasta 1649, momento en el cual acepta la invitación de Cristina de Suecia, lugar donde encuentra más tarde la muerte.

Ahora bien, el talante propio del sabio no es la condición necesaria y suficiente de su desinterés por la política. Precisamente este es el aspecto que nos interesa desentrañar en este escrito.

En la segunda parte del *Discurso del Método*, Descartes reflexiona acerca del Estado, para ello se vale de la metáfora arquitectónica de la construcción con el fin de reforzar la idea de que lo que ha sido construido por un solo arquitecto es más bello que aquello producido por varias manos. El florecimiento de Esparta no se debe a la bondad de las leyes sino al hecho de que fueron inventadas por un solo hombre y a que todas reconocían el mismo fin. En su análisis Descartes establece una diferencia entre los principios del conocimiento y los que conciernen a la vida pública. En el primer caso es aconsejable despojarse de los viejos fundamentos y construir la ciencia sobre lo que cada uno considera cierto y verdadero; en cambio, respecto de las acciones políticas - comenta- "me convencí de que no sería verdaderamente razonable que un particular se forjara el propósito de reformar un Estado cambiándolo todo desde los fundamentos y derribándolo para enderezarlo; ni siquiera reformar el cuerpo de las ciencias o el orden establecido en las escuelas para enseñarlas; pero que en cuanto se refiere a todas las opiniones que yo había admitido hasta entonces en mi creencia, no podía hacer nada mejor que emprender de una buena vez su supresión para sustituirlas después por otras mejores o bien por las mismas cuando las hubiere ajustado a nivel de la razón." (D, DM, (p145, 14)

Por cierto la permanente tensión entre la crítica de la autoridad en lo concerniente a la búsqueda de la certeza y la aceptación de las convenciones y de la autoridad del gobernante es una de las claves para comprender la relación conflictiva entre filosofía y política.

Así como la conducta práctica se apoya en los viejos fundamentos para no naufragar en el caos; otro tanto sucede con el Estado, al cual Descartes concibe como un cuerpo grande y, en tanto tal, su caída o su reforma total sólo produciría efectos nocivos. Por el contrario, en la búsqueda de la verdad hay que construir el edificio del conocimiento a partir de la duda de las creencias verosímiles. El buen funcionamiento de la máquina del estado requiere de pocas leyes, cuya observación debe ser estricta, caso contrario podría justificarse cualquier vicio. Por ello, la primera máxima de la moral provisoria aconseja obedecer a las leyes y costumbres del país y la religión y regirse por las opiniones más moderadas y alejadas del exceso. De este modo, Descartes concilia en su visión del Estado el mecanicismo moderno con el justo término medio aristotélico. En el seno del



paradigma mecanicista, Descartes concibe el mundo corpóreo como una máquina o un conjunto de máquinas, de cuerpos en movimiento, entre los cuales el Estado es una máquina más.

La separación y distinción entre la dimensión teórica, que concierne a la razón, por un lado, y la práctica, entendida como reino de lo contingente, por el otro, sumado al afán por lograr la sabiduría conducen a pensar que el filósofo francés desdeña la política en la medida en que ella contribuye a alejarlo de su interés principal, que es eminentemente teórico. Sin embargo, esta interpretación no hace justicia a la complejidad y riqueza del programa filosófico cartesiano, signado por un permanente conflicto interior.

Dijimos que el tema central de las Cartas es la moral y en ese marco Descartes instala la discusión sobre la política; de allí que ética y política están estrechamente vinculadas. Pero hay un carácter más para señalar y es que los menesteres prácticos no proveen evidencias sino que se mueven en el terreno de la experiencia.

Como ha señalado Elizabeth Goguel, la política asume en el filósofo francés un matiz pragmático; es consciente, por ejemplo, de la importancia del poder y de los beneficios que brinda tener amigos en varios partidos. El contenido moral de las cartas pareciera reducirse, pues, a una serie de reglas o de consejos prácticos guiados por el principio de la conveniencia o de la prudencia, aspecto que llevó a algunos estudiosos a advertir una impronta maquiavélica en Descartes. La carta de septiembre de 1646, en la cual Descartes responde a un pedido de la Princesa sobre el *Príncipe* de Maquiavelo es sumamente sugerente. El filósofo valora positivamente las recomendaciones tendientes a evitar que un Príncipe sea aborrecido por sus súbditos y a mantener el amor del pueblo a todo costo. Le cuestiona, no obstante, que no haya distinguido entre los príncipes usurpadores y los que han adquirido legítimamente el poder.

Desde una mirada realista de la política, Descartes considera que la justicia se mide con parámetros diferentes según se trate del soberano o de los intereses particulares, toda vez que Dios da derecho a quien tiene la fuerza. Esta afirmación, cuyo registro tiene aires de familia con las concepciones de justicia de Trasímaco en la República platónica, revela cierto matiz relativista en el padre de la filosofía moderna. .

Del mismo tenor es la distinción que hace entre súbditos, amigos o aliados y enemigos. En cuanto a los enemigos, el soberano debe aplicar la fuerza del león y la astucia de la zorra, en concordancia con la metáfora usada por Maquiavelo. Respecto de los enemigos, cualquier medio es válido para obtener provecho. El sesgo relativista y utilitarista atraviesa las propuestas políticas cartesianas. Dice: "...exceptúo cierto engaño que es tan directamente contrario a la sociedad que no creo que sea nunca lícito emplearlo, aunque nuestro autor -refiriéndose a Maquiavelo- lo aprueba en varios pasajes y aún que se lo practique en demasía: el de fingir ser amigo de los que uno quiere perder, a fin de poder sorprenderlos mejor. La amistad es una cosa demasiado santa para abusar así de ella; y aquél que pudo fingir que amaba a uno para traicionarlo merece que aquellos a quienes quisiese amar verdaderamente después, no le creyeran y le odiasen."(D, CM, p.171) Esta calurosa reivindicación de la amistad se inscribe en una postura individualista, toda vez que traicionar a un amigo puede volverse en contra de uno mismo. En cuanto a los aliados, lo óptimo es el cumplimiento de la palabra, "...sin



embargo, en las ocasiones en que se arruinaría por completo, el derecho de gentes le dispensa de su promesa. Además, debe tener mucha circunspección antes de prometer, a fin de que pueda siempre cumplir su palabra."(D, CM, p.171) Sin embargo, la concepción cartesiana de la promesa es ambigua, así por ejemplo, entre los excesos, en la tercera parte del *Discurso del Método*, Descartes coloca a la promesa porque implica una renuncia a la libertad de elegir en otra dirección en el caso de que las situaciones que originaron el compromiso cambiaran.

El utilitarismo cartesiano se pone en evidencia en esta carta, en especial cuando admite que siempre hay que *calcular* el posible engaño de los otros hacia uno. En el trato con los súbditos recomienda adoptar el justo término medio, ni muy riguroso con el castigo, ni muy permisivo con el perdón. El trato con los ministros debe ser también cauteloso. El soberano debe escuchar los consejos y guiarse por el principio de autoridad en lo que concierne a las acciones; mientras que debe alejarse de toda autoridad en lo que concierne al conocimiento de la verdad.

Refiriéndose a las máximas, Descartes advierte: "...según las cuales la felicidad de cada uno depende de sí mismo y es necesario mantenerse de tal modo fuera del imperio de la Fortuna que, aunque sin perder las ocasiones de retener la ventajas que ella puede dar, uno se estime desdichado cuando las rehusa; además, como en todos los asuntos del mundo hay cantidad de razones en pro o en contra, es necesario detenerse principalmente en las que contribuyen a que aprobemos lo que vemos acontecer."(D, CM, p176)

Descartes destaca la actitud de prudencia y cautela que debe guiar al soberano con el fin de conservar su poder. Además, reconoce que el mundo de los hechos históricos y políticos es contingente y que la felicidad depende de cada uno. Esta perspectiva explica el afán de búsqueda de la utilidad y del bienestar individual, acorde con el espíritu individualista de la modernidad.

Por cierto para comprender a un filósofo en profundidad hay que prestar atención al contexto en el que sus ideas se posicionan, de otro modo se corre el riesgo de ofrecer una mera caricatura. Descartes es testigo de un mundo en el cual la Ciencia aparece como un enemigo del saber libresco escolástico. En efecto, una tradición que había tenido a la Iglesia como el fundamento de la ciencia y de la sociedad comenzaba a resquebrajarse. Por ello, Josep Fontana dice: "La amenaza estaba clara. La Iglesia católica le hizo frente y evitó, así, que la ciencia prosiguiera por este camino (un ejemplo bastará: la condena de Galileo atemorizó a Descartes, quien decidió entonces no hacer públicos sus estudios sobre el "mundo")³

El siglo XVII fue un siglo de crisis y de consolidación de una nueva era; implicó la ruptura con la antigua tradición, las conquistas de la nueva ciencia, la fe en el hombre y en la razón como instrumento para comprender y transformar el mundo, sumado al proceso de consolidación de los estados nacionales y a la creciente secularización de la ciencia, la política, el arte, la moral. En este proceso la Filosofía tiende a identificarse con la Ciencia y a distanciarse de la fe. En este contexto adquieren significación las

³ Fontana, Josep, *Europa ante el espejo*, Crítica, Barcelona, 2000, (pp.101,102)



propuestas cartesianas, que lo muestran como un pensador de vanguardia y, al mismo tiempo, como conservador y conformista en los asuntos morales y políticos.

La acción moral y política exigen regular el deseo y limitarlo a aquello que está en el marco de posibilidades reales de los hombres.

A pesar de la enorme distancia que separa a Hobbes de Descartes, lo cierto es que ambos filósofos, inmersos en una atmósfera de guerras religiosas y signada por la intolerancia, sienten temor y aversión hacia el estado de anarquía y desorden y buscan un estado de paz, estabilidad y orden. Mientras Hobbes convierte a la política en uno de los temas centrales; por su parte, Descartes está embarcado en la constitución de un saber que ofrezca certeza, apoyado en bases metafísicas. No lo desvela elaborar una teoría racional del Estado; en todo caso el estado aparece como producto de una evolución a partir de sociedades salvajes con el fin de frenar situaciones de lucha. En la Parte II del *Discurso* distingue dos tipos de pueblos, en primer lugar, aquellos que fueron salvajes y que "se han ido civilizando poco a poco, han hecho sus leyes solamente a medida que la incomodidad de los crímenes y las peleas los han obligado." En segundo lugar, aquellos "que han observado las constituciones de algún prudente legislador desde el momento mismo en que se reunieron." (D, DM, p.144, 13) El paso de un estado a otro no está, como en el modelo iusnaturalista, mediatizado por el contrato, por un acto deliberativo y voluntario, sino por una situación natural de necesidad. El Estado encuentra su legitimidad en la naturaleza de las cosas, posición que acerca a Descartes al paradigma aristotélico.

En lugar del consenso como legitimador del poder político, Descartes hace lugar a la conveniencia; ello explica la importancia de la noción de prudencia, fundada en las tensiones y temores que provocaba la amenaza de los inquisidores.

La noción de prudencia es, por un lado, una virtud vinculada con la sabiduría como ciencia de los primeros principios; alude, pues, a una función contemplativa. Por otro lado, según un segundo sentido, la prudencia se vincula con la sabiduría, entendida como acciones o hábitos que tienden al buen vivir. Una larga tradición filosófica que se remite a Platón, considera a la prudencia como la virtud propia del gobernante. En suma, la prudencia se aplica a los asuntos que conciernen al hombre.

En la carta del 25 de abril de 1646, Elizabeth, respecto de la vida política, argumenta lo siguiente: "aunque en ésta dependemos de personas tan poco razonables que, hasta ahora, el emplear la experiencia me valió siempre más que el servirme de la razón en las cosas de esta índole" (D, CM, p.156) De este modo, Elizabeth remarca el abismo que separa a las cuestiones vinculadas con la política, que no tienen relación directa con el uso de la razón, respecto de las cuestiones que atañen a la verdad y a la razón.

Por su parte, Descartes en la carta de mayo de 1646 responde a la princesa que al elegir como forma de vida el retiro para la reflexión se siente impedido de contestar a su demanda y acuerda con ella en que la experiencia es mejor guía que la razón en estos asuntos, que dependen de la fortuna y de la contingencia.



Según Thierry Ménissier⁴, la Filosofía se presenta como una alternativa opuesta a la Política en la medida en que concierne a la búsqueda de la vida buena, para lo cual debe tomarse distancia del espacio público. Según esta interpretación la política se opone a la Filosofía en cuanto ella aleja al hombre de la sabiduría, que es su alimento espiritual por excelencia. Esta explicación pretende dar cuenta del descrédito que tiene la política en el autor de las *Meditaciones*.

Si bien Descartes ejemplifica la figura del sabio, de aquél que busca la tranquilidad espiritual que depara la vida contemplativa, idea corroborada por su historia personal, sin embargo, filosofía y política no están escindidas.

En una Carta a Chanut del 1 de noviembre de 1646, Descartes se excusa de no escribir sobre moral porque "los señores regentes están tan animados en mi contra a causa de los inocentes principios de física que vieron, y tan encolerizados por no encontrar en ellos ningún pretexto para calumniarme, que si después de eso yo hablara de moral, no me dejarían ninguna tranquilidad."(D, CM,p.276)

En el registro cartesiano tanto moral como política aparecen viciadas de cierto conformismo y pragmatismo; constituyen, pues, el terreno sobre el cual se teje la trama de la facticidad humana, en la cual no hay cabida para certezas.

Sin embargo, Filosofía y Política no constituyen dos ámbitos separados e in comunicables; si éste fuera el caso, Descartes no reconocería la importancia que tiene para el Estado tener buenos filósofos. Al respecto, en *Los Principios de la Filosofía*, dice: "En seguida hubiera hecho considerar la utilidad de esta filosofía y mostrado que, ya que se extiende a todo lo que el espíritu humano puede saber, se debe creer que es sólo ella la que nos distingue de los más salvajes y bárbaros, y que cada nación es tanto más civilizada y culta cuanto mejor filosofan en ella los hombres; y así que el mayor bien que pueda haber en un Estado es el de tener verdaderos filósofos."(D, PF, p.298,3)

La búsqueda de la totalidad de la Filosofía no es contradictoria con la Política, que se nutre de la experiencia. En todo caso, hay determinantes históricos, en su mayor parte, teológicos y, en especial, vinculados al poder de la Iglesia que llevan a Descartes a elegir el camino de la conveniencia. Estas ideas también explican la vacancia de la política en la filosofía cartesiana. "Por lo tanto, la laguna de la tematización moral es el resultado directo de concebir la propia moral como dependiente del previo logro de la ciencia. En Descartes, razón pura teórica y razón pura práctica no marchan por caminos paralelos pero independientes, sino que una conduce a la otra. "⁵

En todo caso, la Matemática y la Física le mostraban a Descartes el despliegue de la razón; en cambio la vida de los hombres, acosada por guerras e intolerancias, mostraban que los hilos de la historia estaban movidos por la irracionalidad, sin que ello implique quitarle trascendencia a la política.

En la Carta del 20 de noviembre de 1647 a Chanut, Descartes expone los motivos por los cuales se resiste a escribir sobre moral y que son extrapolables a la política; en ella dice: "Es verdad que suelo rehusar escribir mis pensamientos acerca de la moral, y ello por dos razones: una, que no hay materia en que los malvados puedan más

⁴ Ver, Menissier, *Descartes, Machiavel et la politique dans les Lettres à Elizabeth, Centre d'Histoire de la Philosophie Moderne*.

⁵ Turró, Salvio, *Descartes. Del hermetismo a la nueva Ciencia*, Anthropos, Barcelona, 1985 (p.362)



fácilmente hallar pretextos para calumniar; otra, que creo que sólo los soberanos o aquellos a quienes ellos autorizan hacerlo, deben ocuparse en determinar las costumbres de los demás.⁶

Que la Política no acceda a la certeza ni tenga el mismo rigor de la razón teórica no significa que Descartes la rechace, por el contrario, reconoce la variedad de opiniones respecto de las costumbres, lo cual obstaculiza la certeza y rigurosidad de la razón en su uso teórico. "Pues en lo que respecta a las costumbres cada uno abunda tanto en su opinión que podrían hallarse tantos reformadores como hombres, si todos pudieran dedicarse a modificarlas en algo y no sólo a los que Dios ha establecido como soberanos de sus pueblos o a los que ha dado gracia y celo suficientes para ser profetas; y aunque mis especulaciones me gustasen mucho, he creído que los demás también tendrían otras que acaso les gustaran más."(D, DM,61, pp. 183,184) Decartes retoma las ideas de Bodin, según las cuales los soberanos son lugartenientes que Dios impone a los hombres para conducir sus vidas según sus normas. Esta legitimación del poder monárquico, fundado en el reconocimiento de la omnipotencia casi divina del rey, sólo puede explicarse en el contexto de la consolidación del estado monárquico en Francia.

En suma, la política no es un menester alejado y ajeno de la Filosofía, toda vez que se comprenda que la Filosofía, entendida como Sabiduría, no está reñida con la práctica y con los quehaceres de la vida. Tanto la defensa del individuo y de su libertad, como la actitud de prudencia y de conveniencia son los factores cruciales en la propuesta cartesiana. Condicionado por el espíritu de su época, es consciente de la importancia de un estado consolidado con pocas leyes representa una defensa ante los embates de la anarquía y del caos social. El orden es, pues, fundamental tanto en la búsqueda de la verdad como en la vida pública. Pero también, la prudencia, una de las virtudes cardinales del político, es fervientemente recomendada.

Lo cierto es que la política cartesiana se teje en el cruce de dos líneas: la ideológica, que lo liga con la tradición y la utópica, que pretende ofrecer las condiciones de libertad y de derecho que el individuo moderno requiere para lograr una vida buena.



Descartes, Filosofía y Política, una relación conflictiva.
Susana Maidana.

Abstract

En los volúmenes de historia de la filosofía moderna, cualquiera sea su orientación y perspectiva, Descartes descolla como el padre de la modernidad, como aquél que puso en el *cogito* la clave de bóveda para comprender el mundo. Entre los temas de su interés, recurrentemente, se destacan el conocimiento, sustentado en fundamentos metafísicos, las pruebas de la existencia de Dios, la naturaleza de la realidad extensa, la relación alma - cuerpo y tan sólo algunas referencias a la política.

El objetivo de estas páginas es leer entre líneas en la obra cartesiana, y muy especialmente en las Cartas a Elizabeth de Bohemia, su concepción sobre la política, con la intención bifronte: 1 buscar alguna respuesta a la escasa atención que Descartes le ha brindado a la política y 2 abordar estrecha vinculación entre Filosofía y Política.